

RESEÑA

El *Libro de los pasajes* de Walter Benjamin

por Francisco SERRA

WALTER BENJAMIN, *Libro de los Pasajes*, edición de Rolf Tiedemann, traducción de Luis Fernández Castañeda, Isidro Herrera y Fernando Guerrero, Akal, Madrid, 2005. 1.104 páginas.

LA POLÍTICA DEL HOMBRE EN LA MULTITUD

La traducción de la obra póstuma de Walter Benjamin ha permitido que, finalmente, fuera accesible en castellano uno de los libros más extraños del siglo veinte, construido a partir de notas, reflexiones, pasajes, citas...; todo un cúmulo de material disperso que produce una sensación deslumbrante. El volumen que recibe ese nombre no es probablemente el que esperaban los que conocían la leyenda de un manuscrito que el autor pensaba que debía proteger con el máximo cuidado, incluso en los tiempos tan agitados en que intentó llevarlo a su conclusión. A pesar de ese carácter fragmentario, no hay libro más representativo de la figura de Walter Benjamin, una de las personalidades más excéntricas y singulares del pensamiento del siglo veinte. La parte que aparece publicada, en diferentes redacciones, pretende ser una reflexión sobre la ciudad de París, que para el autor es la capital del siglo diecinueve. Pero, en realidad, es mucho más lo que se despliega a través de ese millar de páginas en las que se encuentra una de las más hermosas reflexiones sobre la modernidad, sobre el sentido de una evolución de la historia que, sin cumplir sus expectativas de liberación humana, en sus “ruinas” iba mostrando la imposibilidad de alcanzar la realización de las que se habían convertido en sus metas últimas.

No es casual que la obra lleve el título de *Libro de los Pasajes*, porque el centro de su reflexión lo constituyen los “pasajes”. Pasajes son esas galerías acristaladas, tan características del siglo diecinueve, pero son también “pasajes” esa acumulación de citas que, para Benjamin, constituyen la armazón sobre la que construye la elaboración de una obra que no se parece a ninguna otra. Pasajes son, además, esos textos bíblicos necesitados de lectura sosegada y reiterado comentario para el esclarecimiento de la verdad. La denominación de “marxis-

mo talmúdico” para la obra de autores que, como Ernst Bloch y Benjamin, interpretan el marxismo desde una perspectiva mesiánica no puede ser más acertada, porque el propio Benjamin reconoció que no podía expresar su pensamiento si no era en relación con las reglas del Talmud. Con todo, la significación de la perspectiva mesiánica es completamente diferente en Bloch y en Benjamin, porque lo que en el primero es referencia a una utopía que es vista como la posibilidad de realización futura de los anhelos de liberación de la humanidad, en Benjamin es el resultado de una visión desencantada de la historia, para la que el mesianismo es expresión de una catástrofe y una demostración de que la historia no puede alcanzar un sentido humano.

En la construcción de la obra de Benjamin, casi tan importante como la referencia religiosa y la integración de sus lecturas de Marx en esa visión de la historia, es la consideración de Baudelaire como el gran poeta de la modernidad. En realidad en *El Libro de los Pasajes* lo que se formula es la consideración de Baudelaire como “pensador político”: no es tanto el teórico del arte y de la literatura moderna el que aflora en las páginas del libro de Benjamin, como el pensador político que proporciona las claves para interpretar la transformación que se había producido en París en el siglo diecinueve, al igual que en Londres, en cierta forma en Berlín, en Viena y en todas aquellas grandes ciudades que dan muestra de una nueva política. Es la transformación que tiene lugar cuando se produce la irrupción de una figura hasta ahora desconocida: el “hombre en la multitud”, que Baudelaire tomaba de una narración de Poe convirtiendo al paseante en el eje de una sociedad en la que es el viajero azaroso, el curioso, el contemplador que es Baudelaire, que es Benjamin, el que busca a través de los escaparates de los comercios, de la imagen en movimiento de los hombres apresurados que transitan por los pasajes, la clave para entender el siglo diecinueve y el comienzo del siglo veinte.

Mucho antes de que otros autores pusieran de manifiesto la aparición de las “masas” y su irrupción en la vida política, lo que nos muestra Baudelaire es al paseante solitario que no se pierde en sus ensoñaciones en la naturaleza, como aún quería Rousseau, sino en una ciudad en la que ahora todo el vértigo de la mercancía se desborda en los anaqueles de las tiendas de antigüedades y en las grandes galerías comerciales que representan el nuevo espíritu de la época. Con Benjamin, somos también paseantes que se pierden por las calles en las que la burguesía triunfante había situado el espejo de sus ilusiones. El lector de la obra debe actuar de la misma forma que Benjamin, que iba anotando sus reflexiones, los “pasajes” de las obras que describen ese mundo del siglo diecinueve; debe dejarse llevar y abrir las páginas, tal vez al azar, recorrer una y otra vez los pasajes, salir a la luz y de nuevo internarse en la ciudad. La forma de la ciudad, para

Baudelaire, cambia más rápidamente que el corazón humano y es también la forma de la obra la que cambia una y otra vez. Cuando parece encontrarse sólo una reflexión literaria sobre la modernidad de ese París del siglo diecinueve lo que se oculta en realidad es una reflexión que se está continuamente volviendo a recomponer para encontrar el sentido de la política que, a través de esas transformaciones, lleva a configurar lo que iba a ser el siglo diecinueve, el siglo de la ciencia y de la técnica, pero también el siglo en el que se anticipaban esas contradicciones no resueltas que iban a conducir a esa época de “catástrofes” que llegaría a ser el siglo veinte.

El método utilizado es el característico del siglo veinte, el montaje, que, al ser utilizado por las vanguardias, se convirtió en punto de referencia de las grandes obras de arte de la época. A veces la obra se parece a alguna de esas películas características del inicio del cinematógrafo (por utilizar esa expresión arcaizante con la que en aquellos tiempos se designaba al nuevo arte) como *Berlín, sinfonía de una ciudad*, porque el protagonista del libro es la ciudad: una ciudad en la que se entremezclan la utopía y la pesadilla, los anhelos de transformación social y la consagración de la burguesía ascendente que entronizaría al capital como elemento fundamental. También podríamos leer el título del fragmento fundamental como París, “capital” del siglo diecinueve, porque lo que se muestra en la obra es también el desarrollo del capital que ahora se despliega en la multitud de mercancías que abarrotan las cristalerías de los comercios. No es casual que sean tan frecuentes las referencias a Balzac, incluso la mención a aquellos desvariados que asumían en las reuniones los papeles de los principales personajes de *La comedia humana* o las reflexiones sobre Dickens, autor que en sus novelas mostraba toda la grandeza y la miseria del siglo diecinueve. El hombre en la multitud se pierde en su deambular por las calles en donde contrasta la riqueza de la burguesía emergente con la miseria del proletariado explotado. Algunas de las páginas del final del volumen I de *El Capital* o de la obra de Engels sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* podrían haber sido escritas por Dickens o Zola, que mostraba a la “bestia humana”, el trabajador condenado al embrutecimiento de la taberna o el burdel como única forma de paliar el sufrimiento del trabajo alienado.

Pero el *Libro de los Pasajes* muestra también lo que el siglo diecinueve pudo ser y no fue, el mundo que llegaron a imaginar Fourier o Saint-Simon, en el que la “nueva sociedad” quedaba prefigurada con todo lo que podía suponer la liberación del deseo y la conversión de la sociedad industrial en una sociedad más humana, aunque algunos de los “pasajes” que cita Benjamin señalan aspectos casi grotescos de lo que hubiera supuesto el desenvolvimiento de esas expectativas de transformación. La obra es también como un arcón, un *mundinovi* del

que empiezan a surgir múltiples objetos guardados casi de forma casual pero en los que se plasma toda la riqueza y miseria de posibilidades que traía consigo el tremendo despliegue de expectativas del capitalismo.

La obra presenta extrañas similitudes con obras próximas en el tiempo como el *Panorama* de Dolf Sternberger, el autor hoy citado como inventor del término ya tan vulgarizado de “patriotismo constitucional”, o la que estaba escribiendo Bloch paralelamente, *El principio esperanza*, auténtica “enciclopedia de las utopías”. Pero la utopía de Benjamin es la utopía “negativa”, en la que no hay más redención que la imposible salvación de una historia ya definitivamente perdida. Alguno de los autores mencionados son considerados “raros” como Grandville, un artista gráfico curioso pero hoy sólo mencionado como un excéntrico de la cultura de la época. Puede sorprender al lector que apenas aparezcan referencias a Marx, pero eso tiene una razón que sólo hoy se nos muestra con claridad: Marx no era un pensador del siglo diecinueve sino del siglo veinte. Al describir las condiciones del capitalismo de su tiempo, Marx estaba anunciando toda la grandeza y el terror del siglo veinte. Benjamin, para reconstruir ese momento histórico, no puede centrarse en pensadores políticos, sino en Baudelaire, Balzac, Dickens, pues al fin y al cabo para algunos destacados autores, como Wilhelm Windelband, el siglo diecinueve propiamente no tuvo “filosofía”, especialmente desde el momento de la muerte de Hegel, que es cuando se empieza a producir el llamado “proceso de putrefacción del espíritu absoluto”. El siglo diecinueve es el siglo de la novela, porque la tremenda eclosión del capital sólo podía expresarse a través de una ficción que no era más que un reflejo fiel de la realidad. En el *Libro de los Pasajes*, Benjamin utiliza varias veces la metáfora del espejo pues ya decía Stendhal que la novela era “un espejo a lo largo del camino”. Es el espejo, el cristal de los escaparates, el que refleja las imágenes veraces de un capitalismo depredador que alcanzaría en el colonialismo la culminación de su desarrollo. Esos “pasajes” llevaban en sí la semilla de la destrucción y los grandes filósofos que, aun viviendo en el siglo diecinueve crearon las grandes construcciones del siglo veinte, supieron avizorar que ese mundo conducía a la catástrofe: Nietzsche, Marx y Freud son los intérpretes de ese “malestar” de la cultura y de la economía capitalista que llevaría finalmente a la guerra y al desastre.

Y al mismo tiempo que aparece la ciudad real, el “capital real”, surge la ciudad ensoñada, el “capital soñado”, que es el que, más allá de ese torturado siglo veinte, empezará a fraguarse en los primeros años del siglo veintiuno. Describiendo París, “la capital del siglo XIX”, “el capital del siglo XIX”, Benjamin ha avanzado las “ruinas” del siglo XX, en las que el ángel de la historia avanza entre la desolación y esa “modernidad líquida” en la que hoy se desvanecen nues-

tros sueños y nuestras utopías. Los fragmentos más mencionados del libro son los que complementan las tesis sobre el “concepto de historia”, pero quizás hoy habría que alterar este punto de vista, porque lo más importante es la visión caleidoscópica de un mundo en el que la mercancía estaba empezando a desplegarse en toda su multiplicidad de caracterizaciones.

Hay un texto poco mencionado de Benjamin, titulado *Desembalando mi biblioteca*, que plasma muy bien su forma de escritura —la propia del viajero que cambia constantemente de residencia, que una y otra vez tiene que abrir las cajas en las que guarda sus preciosas pertenencias después de esos constantes traslados que marcaron su vida (y también la de Baudelaire)— y tal vez nos proporciona las claves para comprender el sentido de la obra de Benjamin. El *Libro de los Pasajes* es una biblioteca del siglo diecinueve, del siglo veinte y del siglo veintiuno, en la que los fragmentos, los apuntes, las notas que él almacenaba nos asaltan y nos ponen de manifiesto la dinámica del capitalismo: la tremenda riqueza creadora de esa forma de producción que construye sobre su “almacén de antigüedades” un despliegue tal de posibilidades que hubiera permitido la construcción de un mundo a la medida del hombre.

A Benjamin le correspondió vivir la época más dramática, aquella en la que parecía perdida cualquier esperanza de salvación. Uno de los pensadores a los que consagró un estudio, Karl Kraus, escribió que “el origen es la meta” y lo que aparece en el trabajo deslavazado de Benjamin es el origen de un mundo que se dirigía a la destrucción y en el que, como escribió aquel mismo autor, la fealdad del presente tenía fuerza retroactiva. Sin embargo, leída hoy, la obra de Benjamin nos presenta también toda la riqueza de posibilidades del pasado, del presente y del futuro. Pueden sorprender al lector las cuestiones, las nuevas formas de expresión sobre las que trabaja Benjamin (el cine, la fotografía, la ciudad, la construcción en hierro, la arquitectura del cristal como luego se la denominaría), en la que apenas aparecen filósofos importantes, porque Benjamin sólo hacía filosofía “contra la filosofía”, política “contra la política”. La política del hombre en la multitud es la del individuo que, cansado de las grandes construcciones políticas (y no pueden faltar las menciones a la cruenta derrota de la Comuna de París, tal vez el último intento fracasado de que hubiera una alternativa a ese mundo del capitalismo descarnado), se sumerge en la política de lo cotidiano, que pretende “cambiar la vida” antes que cambiar la “gran política”. La política de Benjamin es la del hombre desencantado de la participación activa y que sólo en su privacidad, en la acumulación de mercancías, en los objetos cotidianos y en el coleccionismo de lo raro y lo curioso, almacena las esperanzas de transformación social. La única posibilidad real es la del paseante entre la multitud que, desde su consideración desengañada del presente, sólo puede estar atento a la

posible llegada del mesías. Su mesianismo es el propio del judaísmo, que únicamente ve aquel como anuncio de catástrofes. La amistad de Benjamin con Gershom Scholem nos puede servir para entender la visión desencantada de aquel para el que el futuro no puede ser más que un cúmulo de ruinas, para quien la historia no puede alcanzar tal vez jamás una significación humana si no es por medio de la redención del pasado. Leído hoy *El libro de los Pasajes* puede entenderse como expresión de aquel momento en el que las imágenes arquetípicas (que Benjamin pudo descubrir en Carl Jung) no se dirigen hacia el pasado sino hacia el futuro, un futuro que puede redimir un ayer tal vez irrecuperable.

El *Libro de los Pasajes* constituye la culminación inacabada del proyecto que Benjamin había trazado para su pensamiento y tal vez está en su propia naturaleza el no poderlo llevar a término, porque su obra se mueve en un espacio original, único, en el que la preocupación por el detalle, por lo cotidiano, se inserta en una reconstrucción de la filosofía que no pretende tanto dar cuenta de la realidad misma como de las ensoñaciones que surgen a partir de ella: “cada época no sólo sueña la siguiente, sino que se encamina soñando hacia el despertar”. La reflexión sobre la historia no pretende tanto explicar el pasado como descubrir en el presente los signos de un futuro que, con todo, parece ya predeterminado. Sólo la ruptura con el curso histórico podría posibilitar el desenvolvimiento de las capacidades propiamente humanas, porque el mesianismo de Benjamin es sobre todo expresión de la desesperanza, de la imposibilidad de encontrar un significado para el devenir de las sociedades occidentales, que sólo en sus sueños han sabido desarrollar las expectativas de evolución social. Sin embargo, lo que proporciona un “tono” especial al pensamiento de Benjamin es esa forma tan característica y que Bloch denominó “filosofía en forma de revista”, que bucea en los aspectos más nimios para dar cuenta de la totalidad. Cada elemento reproduce el conjunto de la sociedad y el mundo de la burguesía en ruinas puede descubrirse tanto en las novelas de Balzac o en los textos de Baudelaire como en las construcciones arquitectónicas o en el trazado de las calles; y las aspiraciones no cumplidas del proletariado aparecen tanto en las grandiosas construcciones utópicas de Fourier y Saint-Simon como en la fracasada tentativa de la Comuna que para él, como para muchos otros, podría haber representado el inicio de algo diferente y que no llegaría a alcanzar cumplimiento en la realidad. Lo que Benjamin examina son, como él decía, los posos del café para adivinar en ellos los signos del presente y del futuro. De ahí el profundo pesimismo de su meditación, que sólo puede comprender el presente desde la expectativa de un futuro del que se tiene la íntima convicción que nunca llegará a existir.

Actualmente no se puede entender ese millar de páginas cuajado de fragmentos, de reflexiones, de notas de lectura, de acotaciones azarosas, como se

concebido en su momento original. Hay una fotografía en la que se muestra a Benjamin, en actitud melancólica, tomando notas en la sala reservada a los libros prohibidos en la Biblioteca Nacional francesa y que es conocida como el “infierno”. El *Libro de los Pasajes* describe “el infierno de la modernidad”; pero hasta en el infierno hay que tener amistades y, leído hoy ese infierno, ese mundo de las mercancías sólidas, de los objetos que abarrotan los escaparates que muestra el mercado del capitalismo, se funde en las mercancías “líquidas” del siglo veintiuno. Decía Marx que todo lo sólido se desvanece en el aire y lo que entonces era la “modernidad” sólida del siglo diecinueve hoy se ha transformado en la “modernidad líquida” de finales del siglo veinte y comienzos del siglo veintiuno. Leyendo a Benjamin contra Benjamin, que es como hay que leer a los grandes autores, lo que nos queda es la “ciudad automática” del presente, en la que ya no hay lugar para el paseante, para el hombre en la multitud, porque en la ciudad actual son otras las formas de vivir el espacio urbano. Una visión actual de lo que allí trazaba Benjamin en nuestros días debiera titularse “Los Ángeles, capital del siglo XXI”, porque hoy el capital líquido ya no permite casi el paseo aleatorio, el deambular del que se pierde en la ciudad que conoce, sino el recorrido prefijado del que se interna en los grandes almacenes, en los *malls*, en los que está trazado casi todo el itinerario. No es posible escribir hoy un *Libro de los Pasajes*: habría que escribir un *Libro de los Malls*, en los que ya no hay un hombre en la multitud que se deja guiar por la intuición y se interna en callejones perdidos, sino una multitud ya sin “hombre”, en la que el consumo se devora a sí mismo. Leído hoy el *Libro de los Pasajes* es la historia de lo que pudo ser y no fue, el anhelo de la llegada de un mesías que ya no vendrá jamás. La política del “hombre en la multitud” se transforma en la política de la multitud sin “hombres”.